

Boletín de la
Biblioteca de la Universidad Central
Movimiento bibliográfico trimestral

Director:

Lcdo. JAIME BARRERA B.

Jefe de intercambio universitario:

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL
Sr. Dn. ALFREDO CHAVES

La Biblioteca y el Bibliotecario

Definir la biblioteca como un conjunto inerte de volúmenes situados en un mismo local, colocados en un determinado orden y puestos a disposición de un público más o menos numeroso, es lo mismo que identificar al libro, por la materialidad de su contenido, como un haz de pliegos de papel impreso.

Ambos—biblioteca y libro—poseen un valor vital, expresivo del temperamento de sus artífices: del bibliotecario que paciente y amorosamente delinea, por acumulación de sus piezas, la arquitectura del vasto edificio bibliotecario, y del autor que vierte en las páginas de su obra sus más bellas emociones y sentimientos.

De ahí que la biblioteca constituya, tanto en el aspecto de la riqueza de su contenido como en el de su estructura técnica, la imagen de la fisonomía espiritual de la obra y de la iniciativa del mismo bibliotecario. Grave responsabilidad moral comporta el ejercicio de la función de este último, ya que los términos fundamentales de su actividad se refieren al libro y al lector, esto es, a la calidad de su material y a la persona a quien lo ofrece. Seleccionar el primero y atraer al segundo son empresas difíciles. Desde luego, que el mérito de una biblioteca no se juzga por el número o cantidad de piezas que reúne sino por el valor intrínseco de las mismas. Y, claro está que del acierto con que se haya escogido su acervo bibliográfico dependerá en mucho su éxito como órgano de propaganda del libro y de fomento de la lectura. Cuando allegue un núcleo de lectores solícitos que penetre línea a línea, más íntimamente en el contenido de las obras, y se enriquezca con la materia viva extraída de cada palabra, de cada idea, habrá cumplido el

ideal que hace de la biblioteca una fuente perenne de renovadas energías espirituales y de fecundas actividades creadoras.

Para embellecer nuestra vida interior nada mejor—si sabemos servirnos de ella—que la lectura. Profunda verdad expresaba el lema antiguo, inscripto a manera de definición, en el frontispicio de una biblioteca de un poderoso rey oriental: «Tesoro de los remedios del alma».

¿Cuál debe ser la actitud espiritual del lector para que la lectura exalte su personalidad en vez de extinguirla?

He aquí un noble motivo de enseñanza para el bibliotecario. Arraigar en la colectividad la idea de que los libros han sido hechos para leerse, y leerse bien, y no para alimento de la polilla, he ahí un postulado de la nueva política bibliotecaria.

Traten nuestras bibliotecas de formar lectores concienzudos que según el consejo antiguo, lean, releen, adquieran y conserven la pasión por los buenos libros. La ciencia de la lectura se adquiere lenta y difícilmente. Hacia fines de su vida Goethe exclamaba con amargo acento: «las buenas gentes no saben el tiempo y trabajo que cuesta aprender a leer. He trabajado en ello ochenta años y aún no puedo decir que lo haya conseguido».

El amor a los libros, a los buenos libros, obliga a releerlos y el ejercicio de la lectura, esa penetración sucesiva y cada vez más honda en el texto y el espíritu del autor, nos hace asimilar mejor su pensamiento y su forma.

El lector vulgar lee como una simple actividad deportiva; no estudia ni medita sobre lo leído. Prefiere hojear muchos libros y no leer ninguno. Joaquín V. González ha satirizado, con gracia fina, las manifestaciones morbosas de la psicología del bibliómano y de los eruditos de vidriería y catálogo que distraen vanamente sus ocios leyendo títulos e índices para no leer nada.

Las gentes de hoy han perdido la buena costumbre, que fué culto en otras edades, de los libros de cabecera. Tratemos de restablecerla para no vivir la tragedia de aquel príncipe de una de las obras del grande Eça de Queiroz que, deseando recogerse en su cama con su libro, después de contemplar los millares de volúmenes de su nutrida biblioteca y revolverlos nerviosamente, optó al fin, descorazonado, acostarse con el Diario de Noticias.

Un libro de cabecera, como otras tantas cosas amables, le faltaba al príncipe para tonificar su espíritu y entretener su aburrimiento. Cuando llegó a comprender la fruición suprema de leer un libro, el hombre dubitativo de los setenta mil volúmenes, se convirtió en el lector asíduo de uno solo: la Odisea.

El libro —síntesis de alma— es también forjador de nuevas almas. Si la obra transforma a quien la concibe y la crea, goce sublime del espíritu, infunde igualmente en quien la lee el valor de nobles virtudes. Las cualidades morales, expresión de firme disciplina interior, se adquieren y se aman por la enseñanza y el ejemplo de los grandes escritores y sus obras.

Bien se ha afirmado que «el valor histórico permanente, la suma de un pueblo está, más que en su riqueza material, en esa aspiración a lo bueno y lo perfecto, en su capacidad de entender, de purificarse, de penetrar en regiones aún no holladas. La patria se exalta en la universal irradiación ética de belleza, de maestría, de perseverancia en lo perfectible, de amor a lo creado (a la idea y al ser, a la historia y al paisaje), de identificación con las grandes almas». (1)

Nada contribuye más positivamente a dignificar la vida espiritual de la colectividad como el influjo que ejerce la penetración del libro por virtud de la acción educadora de las bibliotecas, convertidas hoy en verdaderas universidades del pueblo.

Alguien ha dicho que ningún bibliotecario en Estados Unidos, país que ha llegado en esta materia a un grado envidiable de progreso, se atrevería a decir, después de haber llenado sus estantes: si el público no acude, suya es la culpa. Por el contrario, si eso ocurre, el bibliotecario considera que la culpa es bien suya. El sabe bien que su misión es crear y atraer al lector. Ya que no podemos implantar la lectura obligatoria, hagamos que nuestras bibliotecas obliguen a la masa a leer y cultivarse, valiéndose para ello de los mil recursos inventados por la propaganda yanquí, de efectos más persuasivos que la obligación sancionada. Adoptemos

(1) Marasso, Arturo.—Discurso en homenaje a Carlos Obligado (Boletín de la Academia Argentina de Letras, Tomo 1, N.º. 4, pág. 253)

y pongamos en práctica el principio de la *agressive library*, la biblioteca agresiva que rompe el estrecho límite de su recinto y sale decididamente a buscar al lector en su domicilio, en el taller, en la oficina.

La biblioteca moderna ha creado, además de la profesionalidad del cargo de bibliotecario, una compleja misión para el mismo en la doble faz interna y externa de sus servicios.

Por una parte exige un conjunto de elementos y medios técnicos adecuados,—buenos catálogos, ficheros sistemáticos, acertada clasificación bibliográfica, etc.—a los fines de una rápida y provechosa utilización de sus fuentes informativas. Por otra parte traduce—como queda dicho—un vasto plan de acción social en dos movimientos alternativos: uno centrífugo, de irradiación de la cultura y cuyo efecto es el avance en forma a la vez intensa y extensa; y otro centrípeto que responde al fin de atraer la colectividad y despertar en ella el gusto por la lectura y el amor al libro. Todo sistema educacional debe considerar a la biblioteca como un complemento necesario, por su actividad de integradora de la escuela pública. Esta vale más por lo que educa que por lo que enseña, por las inquietudes que sugiere y el anhelo de saber que despierta en el niño, que por los conocimientos y la ciencia que le trasmite. La biblioteca satisface a quienes no pueden prolongarse en la escuela, esa aspiración de saber y de cultura.

El gran problema del día, dice Ernesto Nelson en su libro *Las bibliotecas en los Estados Unidos*, es continuar la educación después que la escuela ha inculcado en el niño y en el adolescente las primeras nociones acerca del mundo y de la vida.

Esa necesidad de lectura permanente y selecta, difundida a todas las clases sociales, la comprendió y recogió José Vasconcelos en un bien inspirado proyecto de organización de la enseñanza pública en México, por virtud del cual creaba en el Ministerio de Instrucción Pública, tres grandes secciones de igual importancia y de acción paralela: sección escolar, a cargo de los establecimientos de enseñanza en todas sus ramas y que tiende sustancialmente a la educación y formación del ser moral; la sección de bellas artes destinada al fomento de todos los órganos dirigidos a la formación del ser estético, y la sección de bibliotecas con el fin de contri-

buir a la selección y acrecentamiento de la bibliografía existente en el país, a la difusión del hábito de la buena lectura y, en una palabra, a la formación del ser intelectual. De ahí la importancia de las bibliotecas públicas ampliamente repartidas y de fácil acceso.

Avellaneda, el fundador de las nuestras, tuvo la visión del problema. En una bella página titulada «El libro y su lectura» encierra el elogio de las bibliotecas populares que hacen el don continuo de placeres intelectuales, los únicos que el hombre puede renovar a su albedrío.

«La misión suprema de la enseñanza confiada a los apóstoles-nos dice-la realizan las bibliotecas populares, en las sociedades modernas». Y agrega: «el que da un libro para el uso del pueblo, hace el pequeño don de su valor pecuniario y enciende una antorcha perenne, y abre una puerta de elevados sentimientos, para ilustrar y regenerar la existencia moral e intelectual de centenares de hombres». (1)

Simultáneamente con su creciente función social una nueva responsabilidad ha surgido para las bibliotecas: la formación del bibliotecario.

La clásica biblioteca de Alejandria-magnífico museo bibliográfico creado por la vanidad de los Tolomeos-forjó la imagen histórica del primer bibliotecario que, por fortuna, fué siempre el más sabio y erudito de su tiempo, pero consagrado a la exterioridad honorífica y negativa de mero guardián de libros-custos-librorum-, para asegurar fielmente su conservación y su uso restringido y casi privilegiado.

El Renacimiento, con su maravilla de la imprenta y de los famosos talleres de Aldo Manunccio en Venecia, Frobenio en Basilea, Roberto Esteban en París, crea el libro de factura irreprochable, el ejemplar primoroso, gloria de la tipografía del humanismo.

El libro adquiere sentido de una nueva necesidad social y con ella-dice Ortega y Gasset-vemos surgir inmediatamente al bibliotecario como profesión. «La necesidad social del libro-agrega-consiste en esta época en la necesidad de que haya libreros, porque hay pocos. A este módulo de la necesidad responde la figura de aquellos geniales bibliotecarios

(1) Avellaneda, Nicolás. Escritos literarios, pag 215, Buenos Aires 1915.

renacentistas, que son grandes cazadores de libros, astutos y tenaces. La adquisición, la producción de libros, cobra rasgos de heroísmo». (1)

Los siglos XVII y XVIII continúan la tradición de los grandes bibliotecarios, pero su misión responde a otras necesidades. El libro barato abunda y con él las bibliotecas inician su expansión cultural. Como hemos dicho, el problema es otro y no, por cierto, menos delicado: buscar al lector, crear el amor por la lectura. La preparación técnica de la profesión todavía no se señala con caracteres de urgencia. La catalogación, los sistemas de clasificación bibliográfica, los métodos de ordenamiento, siguen los principios invariables de la rudimentaria biblioteconomía de las épocas anteriores.

Llegamos a principios del siglo XIX. La tarea del bibliotecario es estimada en su valor esencialmente técnico y surge, como consecuencia de ello, la necesidad de su formación profesional. Antonio Panizzi, fundador de la biblioteca del Museo Británico, define por vez primera la misión profesional del bibliotecario moderno. Se establece la carrera del mismo como actividad específica y se fundan las instituciones encargadas de repartir su enseñanza teórico-práctica. Melvil Dewey, el célebre creador del sistema decimal, instala, en la segunda mitad del siglo pasado, la primera escuela en los Estados Unidos y con ella se multiplican los institutos similares, privados y oficiales, en todos los países de Europa y en algunos de América. Hoy el problema preocupa a todos los gobiernos. La Sociedad de las Naciones, por intermedio del Instituto de Cooperación Intelectual, realizó hace poco una interesante encuesta entre numerosos países, precisamente sobre el tema que se refiere a la misión y formación profesional del bibliotecario. (2)

Entre nosotros y ello es de lamentar, la iniciativa no ha respondido al buen ejemplo de las naciones extranjeras, y las escuelas bibliotecarias de la Facultad de Filosofía y del

(1) Ortega y Gasset, José. Misión del bibliotecario (Revista de occidente).

(2) Institut International de Coopération Intellectuelle. Rôle et formation du bibliothécaire. Etude comparative sur la formation professionnelle du bibliothécaire. París, 1935.

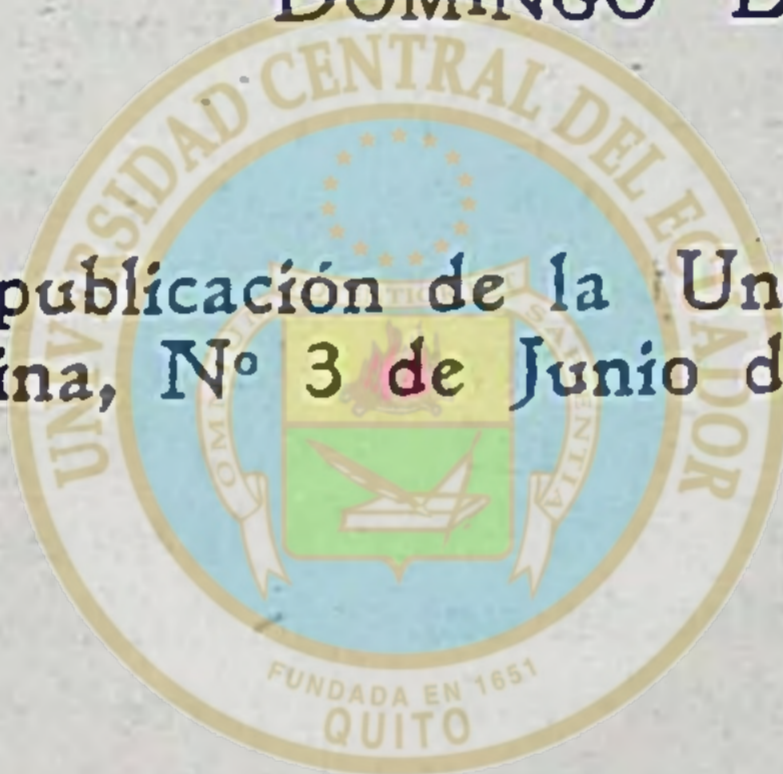
Museo Social Argentino, vegetan lánguidamente por falta de incentivos para una carrera digna de mejor porvenir.

Santa Fe -ciudad sin libros- aún espera su gran biblioteca y su gran bibliotecario. Una biblioteca modelo de institución cultural del Estado, espléndidamente dotada y cordialmente acogedora; centro vivo propulsor de todas las actividades sociales y del pensamiento, fuente de ilustración popular y órgano de información para eruditos e investigadores.

Sólo así las bibliotecas —erigidas en centros fecundos de atracción intelectual— podrán llenar altamente su misión de socializar la lectura y ser, al mismo tiempo, depositarias de la tradición espiritual del pueblo.

DOMINGO BUONOCORE.

(De «Universidad», publicación de la Universidad Nacional del Litoral. Santa Fe, Argentina, N° 3 de Junio de 1937.)



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL